



un LINAJE

Cinco mujeres que Dios usó para cambiar la eternidad

de GRACIA



FRANCINE
RIVERS

AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES



UN LINAJE DE GRACIA



un LINAJE

Cinco historias de mujeres que Dios usó para cambiar la eternidad

de GRACIA



FRANCINE
RIVERS



Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

Entérese de las últimas novedades sobre Francine Rivers en www.francinerivers.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Un linaje de gracia: Cinco historias de mujeres que Dios usó para cambiar la eternidad

© 2019 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Publicado en inglés como *A Lineage of Grace* © 2002 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Unveiled: Tamar y *Unshamed: Rahab* © 2000 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Unshaken: Ruth, Unspoken: Bathsheba y *Unafraid: Mary* © 2001 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

A Lineage of Grace by Francine Rivers. *Unveiled: Tamar* and *Unshamed: Rahab* copyright © 2000 by Francine Rivers. All rights reserved. *Unshaken: Ruth, Unspoken: Bathsheba*, and *Unafraid: Mary* copyright © 2001 by Francine Rivers. All rights reserved. *A Lineage of Grace* copyright © 2002 by Francine Rivers. All rights reserved.

Publicado bajo acuerdo con Browne & Miller Literary Associates, LLC.

Published by arrangement with Browne & Miller Literary Associates, LLC.

Las secciones de «Busque y encuentre» fueron escritas por Peggy Lynch.

El estampado en la parte superior de la contratapa © por Kira-N/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

El estampado en medio de la contratapa © por Ela Kwasniewski/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

El estampado en la parte inferior de la contratapa © por Igor Kisselev/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

Ilustraciones de la portada © 2009 por Robert Papp. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora por Elaine Burdo © 2014. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jessie McGrath

Edición en inglés: Kathryn S. Olson

Traducción al español: Patricia Cabral de Adriana Powell Traducciones

Edición en español: Christine Kindberg

Las citas bíblicas han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, Illinois 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Rivers, Francine, date- author.

Title: Un linaje de gracia : cinco historias de mujeres que Dios usó para cambiar la eternidad / Francine Rivers.

Other titles: Lineage of grace. Spanish

Description: Carol Stream, Illinois : Tyndale House Publishers, Inc., 2019.

Identifiers: LCCN 2018045731 | ISBN 9781496436269 (sc)

Subjects: LCSH: Women in the Bible--Fiction. | LCGFT: Bible fiction.

Classification: LCC PS3568.I83165 L5618 2009 | DDC 813/.54--dc23 LC record available at <https://lccn.loc.gov/2018045731>

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

25 24 23 22 21 20 19

7 6 5 4 3 2 1



CONTENIDO

PRÓLOGO	IX
AGRADECIMIENTOS	XI
DESCUBIERTA	1
DESINHIBIDA	103
DECIDIDA	195
DESPREOCUPADA	299
DEVOTA	417
LA GENEALOGÍA DE JESÚS EL CRISTO	539
ACERCA DE LA AUTORA	541

PRÓLOGO



Querido lector:

Usted está a punto de leer cinco novelas cortas sobre mujeres que formaron parte del linaje de Jesucristo. Fueron mujeres del Medio Oriente que vivieron en la antigüedad; sin embargo, sus historias se aplican a nuestra vida y a los temas complicados que enfrentamos en el mundo actual. Estas mujeres vivieron al límite. Fueron valientes. Corrieron riesgos. Hicieron lo que nadie esperaba. Llevaron vidas intrépidas y, a veces, cometieron errores... grandes errores. No eran perfectas, y, no obstante, Dios, en Su infinita misericordia, las usó en Su plan perfecto para darle vida al Cristo, el Salvador del mundo.

Vivimos en tiempos desesperados, llenos de problemas, y millones de personas buscan respuestas. Estas mujeres señalan el camino. Las lecciones que podemos aprender de ellas se aplican tanto a nuestra actualidad como a la que ellas vivieron hace miles de años.

Tamar fue una mujer de **esperanza**.

Rahab fue una mujer de **fe**.

Rut fue una mujer de **amor**.

Betsabé fue una mujer que recibió **gracia ilimitada**.

María fue una mujer de **obediencia**.

Estas son mujeres históricas que vivieron de verdad. Sus historias, de la manera en que las cuento, se basan en relatos bíblicos. Aunque algunos de sus actos puedan parecernos desagradables en nuestra época, tenemos que considerar a estas mujeres en el contexto de su propio tiempo.

Esta es una obra de ficción histórica. El bosquejo de la trama fue provisto por la Biblia y yo comencé con la información que ella nos brinda. Partiendo de allí, he creado acción, diálogos, motivaciones internas y, en algunos casos, personajes adicionales que siento son congruentes con el relato bíblico. He tratado de mantenerme fiel al mensaje de las Escrituras en todos los detalles y he añadido solamente lo necesario para ayudarnos a entender el mensaje.

Al final de cada novela corta, hemos incluido una breve sección de estudio.

La máxima autoridad sobre las personas de la Biblia es la Biblia misma. Lo animo a que la lea para comprender mejor la historia. Y oro para que, cuando lea la Biblia, llegue a darse cuenta de la continuidad, la coherencia y la confirmación del plan de Dios para todos los tiempos: un plan que lo incluye a usted.

Francine Rivers

LIBRO UNO



DESCUBIERTA

PREPARANDO LA ESCENA



GÉNESIS 37:1–38:6

Entonces Jacob volvió a establecerse en la tierra de Canaán, donde su padre había vivido como extranjero.

Este es el relato de Jacob y su familia. Cuando José tenía diecisiete años de edad, a menudo cuidaba los rebaños de su padre. Trabajaba para sus medios hermanos, los hijos de Bilha y Zilpa, dos de las esposas de su padre, así que le contaba a su padre acerca de las fechorías que hacían sus hermanos.

Jacob amaba a José más que a sus otros hijos porque le había nacido en su vejez. Por eso, un día, Jacob mandó a hacer un regalo especial para José: una hermosa túnica. Pero sus hermanos lo odiaban porque su padre lo amaba más que a ellos. No dirigían ni una sola palabra amable hacia José.

Una noche José tuvo un sueño, y cuando se lo contó a sus hermanos, lo odiaron más que nunca.

—Escuchen este sueño —les dijo—. Resulta que estábamos en el campo atando gavillas de grano. De repente, mi gavilla se levantó, y las gavillas de ustedes se juntaron alrededor de la mía, ¡y se inclinaron ante ella!

Sus hermanos respondieron:

—Así que crees que serás nuestro rey, ¿no es verdad? ¿De veras piensas que reinarás sobre nosotros?

Así que lo odiaron aún más debido a sus sueños y a la forma en que los contaba.

Al poco tiempo, José tuvo otro sueño y de nuevo se lo contó a sus hermanos.

—Escuchen, tuve otro sueño —les dijo—. ¡El sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante mí!

Esta vez le contó el sueño a su padre además de a sus hermanos, pero su padre lo reprendió.

—¿Qué clase de sueño es ese? —le preguntó—. ¿Acaso tu madre, tus hermanos y yo llegaremos a postrarnos delante de ti?

Sin embargo, mientras los hermanos de José tenían celos de él, su padre estaba intrigado por el significado de los sueños.

Poco tiempo después, los hermanos de José fueron hasta Siquem para

apacentar los rebaños de su padre. Cuando ya llevaban un buen tiempo allí, Jacob le dijo a José:

—Tus hermanos están en Siquem apacentando las ovejas. Prepárate, porque te enviaré a verlos.

—Estoy listo para ir —respondió José.

—Ve a ver cómo están tus hermanos y los rebaños —dijo Jacob—. Luego vuelve aquí y tráeme noticias de ellos.

Así que Jacob despidió a José, y él viajó hasta Siquem desde su casa, en el valle de Hebrón.

Cuando José llegó a Siquem, un hombre de esa zona lo encontró dando vueltas por el campo.

—¿Qué buscas? —le preguntó.

—Busco a mis hermanos —contestó José—. ¿Sabe usted dónde están apacentando sus rebaños?

—Sí —le dijo el hombre—. Se han ido de aquí, pero los oí decir: “Vayamos a Dotán”.

Entonces José siguió a sus hermanos hasta Dotán y allí los encontró.

Cuando los hermanos de José lo vieron acercarse, lo reconocieron desde lejos. Mientras llegaba, tramaron un plan para matarlo.

—¡Aquí viene el soñador! —dijeron—. Vamos, matémoslo y tirémoslo en una de esas cisternas. Podemos decirle a nuestro padre: “Un animal salvaje se lo comió”. ¡Entonces veremos en qué quedan sus sueños!

Pero cuando Rubén oyó el plan, trató de salvar a José.

—No lo matemos —dijo—. ¿Para qué derramar su sangre? Solo tirémoslo en esta cisterna vacía, aquí en el desierto. Entonces morirá sin que le pongamos una mano encima.

Rubén tenía pensado rescatar a José y devolverlo a su padre.

Entonces, cuando llegó José, sus hermanos le quitaron la hermosa túnica que llevaba puesta. Después lo agarraron y lo tiraron en la cisterna. Resulta que la cisterna estaba vacía; no tenía nada de agua adentro. Luego, justo cuando se sentaron a comer, levantaron la vista y vieron a la distancia una caravana de camellos que venía acercándose. Era un grupo de mercaderes ismaelitas que transportaban goma de resina, bálsamo y resinas aromáticas desde Galaad hasta Egipto.

Judá dijo a sus hermanos: «¿Qué ganaremos con matar a nuestro hermano? Tendríamos que encubrir el crimen. En lugar de hacerle daño, vendámoslo a esos mercaderes ismaelitas. Después de todo, es nuestro hermano, ¡de nuestra misma sangre!». Así que sus hermanos estuvieron de acuerdo. Entonces, cuando se acercaron los ismaelitas, que eran mercaderes madianitas, los hermanos de José lo sacaron de la cisterna y se lo vendieron por veinte monedas de plata. Y los mercaderes lo llevaron a Egipto.

Tiempo después, Rubén regresó para sacar a José de la cisterna. Cuando descubrió que José no estaba allí, se rasgó la ropa en señal de lamento. Luego regresó a donde estaban sus hermanos y dijo lamentándose: «¡El muchacho desapareció! ¿Qué voy a hacer ahora?».

Entonces los hermanos mataron un cabrito y mojaron la túnica de José con la sangre. Luego enviaron la hermosa túnica a su padre con el siguiente mensaje: «Mira lo que encontramos. Esta túnica, ¿no es la de tu hijo?».

Su padre la reconoció de inmediato. «Sí —dijo él—, es la túnica de mi hijo. Seguro que algún animal salvaje se lo comió. ¡Sin duda despedazó a José!». Entonces, Jacob rasgó su ropa y se vistió de tela áspera, e hizo duelo por su hijo durante mucho tiempo. Toda su familia intentó consolarlo, pero él no quiso ser consolado. A menudo decía: «Me iré a la tumba llorando a mi hijo», y entonces sollozaba.

Mientras tanto, los mercaderes madianitas llegaron a Egipto, y allí vendieron a José a Potifar, quien era un oficial del faraón, rey de Egipto. Potifar era capitán de la guardia del palacio.

En esos días, Judá dejó su casa y se fue a Adulam, donde se quedó con un hombre llamado Hira. Allí vio a una mujer cananea, la hija de Súa, y se casó con ella. Cuando se acostaron, ella quedó embarazada y dio a luz un hijo, y le puso por nombre Er. Después volvió a quedar embarazada y dio a luz otro hijo, y le puso por nombre Onán. Además, dio a luz un tercer hijo y lo llamó Sela. Cuando nació Sela, ellos vivían en Quezib.

Con el transcurso del tiempo, Judá arregló que Er, su hijo mayor, se casara con una joven llamada Tamar...

UNO



Cuando Tamar vio a Judá guiando a un asno cargado de costales y una alfombra fina, tomó su azada y corrió hacia el extremo más alejado de la tierra de su padre. Con un mal presentimiento, le dio la espalda a la casa mientras trabajaba, esperando que él siguiera de largo y buscara a cualquier otra muchacha para su hijo. Cuando su nodriza la llamó, Tamar fingió que no la había oído y golpeó más fuerte la tierra con su azada. Las lágrimas la cegaban.

—¡Tamar! —jadeó Acsa cuando la alcanzó—. ¿No viste a Judá? Debes volver a la casa conmigo ahora mismo. Tu madre está a punto de mandar a tus hermanos a buscarte, y a ellos no les agrada tu demora. —Acsa hizo una mueca—. No me mires así, niña. Esto no es culpa mía. ¿Preferirías un matrimonio con uno de esos mercaderes ismaelitas en ruta a Egipto?

—Tú has oído hablar del hijo de Judá igual que yo.

—Me han contado. —Estiró su mano y Tamar le entregó la azada de mala gana—. Quizás no sea tan malo como piensas.

Pero Tamar vio en la mirada de su nodriza que Acsa tenía serias dudas.

La madre de Tamar salió a su encuentro y agarró a Tamar del brazo.

—Si tuviera tiempo, ¡te daría una paliza por haber salido corriendo! —Arrastró a Tamar al interior de la casa y al área de las mujeres.

En cuanto Tamar cruzó la puerta, sus hermanas le pusieron las manos encima y tironearon de su ropa. Tamar dio un grito ahogado de dolor cuando una le arrancó descuidadamente la tela que cubría su cabeza y tiró también de su cabello.

—¡Basta! —Levantó las manos para protegerse de ellas, pero su madre intervino.

—¡Quédate quieta, Tamar! Como Acsa tardó tanto tiempo en traerte, debemos apurarnos.

Las muchachas hablaban todas a la vez, alborotadas, entusiasmadas.

—¡Madre, déjame ir como estoy!

—¿Recién llegada del campo? ¡No lo harás! Te presentaremos con lo mejor que tenemos. Judá trajo obsequios. Y no te atrevas a avergonzarnos con tus lágrimas, Tamar.

Con un nudo en la garganta, Tamar hizo un esfuerzo por dominarse. No le quedaba otra alternativa que someterse a las atenciones de su madre y sus hermanas. Estaban usando las mejores prendas y el mejor perfume para presentarla ante Judá, el hebreo. El hombre tenía tres hijos. Si lo complacía, sería el primero, Er, quien se convertiría en su esposo. Durante la última cosecha, cuando Judá y sus hijos habían traído a sus rebaños a pastar en los campos segados, el padre de Tamar le había ordenado que trabajara cerca de ellos. Tamar sabía qué esperaba conseguir con eso. Al parecer, lo había logrado.

—Madre, por favor. Necesito uno o dos años más antes de estar lista para tener mi propia casa.

—Tu padre es quien decide cuándo tienes la edad suficiente. —Su madre no la miraba a los ojos—. No tienes derecho a cuestionar sus decisiones. —Las hermanas de Tamar parloteaban como urracas, lo cual le dio ganas de gritar. Su madre batió las palmas—. ¡Basta! ¡Ayúdenme a preparar a Tamar!

Tamar apretó la mandíbula y, cerrando los ojos, decidió que debía resignarse a su destino. Siempre había sabido que algún día se casaría. También había sabido que su padre elegiría a su esposo. Su único consuelo eran los diez meses que duraba el compromiso. Por lo menos tendría tiempo para preparar su mente y su corazón para la vida que se le avecinaba.

Acsa le tocó el hombro:

—Trata de relajarte. —Soltó el cabello de Tamar y empezó a peinarlo con movimientos largos y firmes—. Piensa en cosas que te tranquilicen, querida.

Se sentía como un animal que su padre estaba preparando para vender. Y, ¿acaso no lo era? Se llenó de indignación y desesperación. ¿Por qué la vida tenía que ser tan cruel e injusta?

—Petra, trae el aceite aromático y frótale la piel con eso. ¡No debe oler como una esclava del campo!

—Sería mejor si oliera a ovejas y a cabras —dijo Acsa—. Al hebreo le gustaría.

Las muchachas se rieron, a pesar de la reprimenda de su madre.

—No estás ayudando, Acsa. Ahora, ¡silencio!

Tamar agarró la falda de su madre:

—Por favor, madre. ¿No podrías hablarle a mi padre por mí? Ese muchacho es... ¡malvado! —Las lágrimas salieron atropelladamente y no pudo detenerlas—. Por favor, no quiero casarme con Er.

Su madre frunció la boca, pero no se ablandó. Desprendió las manos de Tamar de su falda y las sujetó fuertemente entre las suyas.

—Sabes que no puedo cambiar los planes de tu padre, Tamar. ¿De qué serviría ahora que yo dijera algo en oposición a esta unión, salvo deshonrarnos a todos? Judá ya está aquí.

Tamar aspiró un sollozo irregular y el temor corrió por todo su cuerpo.

Su madre la tomó del mentón, obligándola a levantar la cabeza.

—Yo te preparé para este día. No nos sirves para nada si no te casas con Er. Tómalo como es: buena suerte para la casa de tu padre. Tú tenderás un puente entre Zimram y Judá. Tendremos una garantía de paz.

—Nosotros somos más que ellos, madre.

—Los números no siempre son lo importante. Ya no eres una niña, Tamar. Eres más valiente que lo que estás demostrando.

—¿Más valiente que mi padre?

Los ojos de su madre se oscurecieron de ira. Soltó abruptamente a Tamar.

—Harás lo que te digan, o sufrirás todas las consecuencias de tu desobediencia.

Vencida, Tamar no dijo nada más. Lo único que había logrado era humillarse a sí misma. Quería gritarles a sus hermanas que terminaran con su parloteo tonto. ¿Cómo podían alegrarse de su infortunio? ¿Qué importaba si Er era atractivo? ¿Acaso no habían oído hablar de su crueldad? ¿No sabían de su arrogancia? ¡Er tenía fama de causar problemas dondequiera que fuera!

—Más kohl en los ojos, Acsa. Así parecerá mayor que la edad que tiene.

Tamar no podía dominar el latido frenético de su corazón. Se le humedecieron las palmas de las manos. Si todo salía como su padre esperaba, su futuro se decidiría ese mismo día.

Esto es bueno, se dijo Tamar a sí misma. *Es algo bueno*. Sentía la garganta caliente y tensa por el llanto.

—Levántate, Tamar —dijo su madre—. Déjame mirarte.

Tamar obedeció. Su madre suspiró largamente y tiró de los pliegues del vestido rojo de Tamar, reacomodando el frente.

—Debemos disimular su falta de curvas, Acsa, o a Zimram le costará mucho convencer a Judá de que ella tiene la edad suficiente para quedar embarazada.

—Puedo mostrarle el paño, mi señora.

—Bien. Tenlo listo, en caso de que lo requiera.

Tamar sintió que un calor intenso corría por su rostro. ¿No había nada privado? ¿Todos tenían que hablar de los sucesos más personales de su vida? Su primer flujo de sangre había anunciado su condición de mujer y su utilidad como herramienta de negociación para su padre. Ella era una mercancía para ser vendida, una herramienta para forjar una alianza entre los dos clanes, un sacrificio para una garantía de paz. Había guardado esperanzas de que la pasaran por alto un par de años más. Catorce años le parecía demasiado joven para provocar el interés de un hombre.

Esto es algo bueno, se dijo Tamar a sí misma otra vez. A pesar de los otros pensamientos que le venían de repente y del miedo que le apretaba el estómago, se repitió las palabras una y otra vez, tratando de convencerse. *Esto es algo bueno*.

Tal vez si no hubiera escuchado esas historias...

Desde que Tamar tenía memoria, su padre siempre le había temido a Judá y a su pueblo. Había escuchado los relatos sobre el poder del Dios de los hebreos, un dios que había reducido a escombros a Sodoma y a Gomorra bajo una tormenta de fuego y azufre que había convertido su territorio en un páramo de arena blanca y un mar salado que era cada vez más grande. ¡Ningún dios cananeo había dado muestras de semejante poder!

Y estaban los relatos de lo que los hebreos le habían hecho al pueblo de Siquem, los relatos del caos...

—¿Por qué tiene que ser así, madre? ¿Acaso no tengo ninguna opción de elegir en qué me convertiré?

—No más opciones que cualquier otra muchacha. Sé cómo te sientes. Yo no era mayor que tú cuando entré en la casa de tu padre. Así son las cosas, Tamar. ¿Acaso no te he preparado para este día desde que eras pequeña? Te he dicho para qué naciste. Luchar contra tu destino es como pelear contra el viento. —Agarró a Tamar de los hombros—. Sé una buena hija y obedece sin caprichos. Sé una buena esposa y ten muchos hijos varones. Haz estas cosas y recibirás gran honra. Si eres afortunada, tu esposo llegará a amarte. Y si no, tu futuro estará asegurado en las manos de tus hijos varones. Cuando seas anciana, ellos te cuidarán, así como tus hermanos me cuidarán a mí. La única satisfacción que tiene la mujer en esta vida es saber que ha acrecentado la familia de su esposo.

—Pero hablamos del hijo de Judá, madre. Es Er, el hijo de Judá.

Los ojos de su madre parpadearon, pero se mantuvo firme.

—Busca la manera de cumplir con tu deber y dale hijos. Tienes que ser fuerte, Tamar. Estas personas son violentas e impredecibles. Y son orgullosos.

Tamar desvió la mirada.

—No quiero casarme con Er. No puedo casarme con él...

Su madre la agarró del cabello y le jaló cabeza hacia atrás.

—¿Destruirías a nuestra familia humillando a un hombre como este hebreo? ¿Crees que tu padre te permitirá vivir si entras en ese cuarto y le suplicas que te salve de casarte con Er? ¿Crees que Judá tomaría a la ligera semejante insulto? Te lo advierto: yo misma acompañaré a tu padre a apedrearte si te atreves a poner en riesgo la vida de mis hijos. ¿Me escuchas? Tu padre decide con quién y cuándo te casarás, ¡no tú! —La soltó bruscamente y se alejó, temblando—. ¡No actúes como una tonta!

Tamar cerró los ojos. El silencio en la habitación era pesado. Sintió que sus hermanas y su nodriza la miraban fijamente.

—Lo siento. —Le tembló el labio—. Perdón. Haré lo que debo hacer.

—Como debemos hacer todos. —Suspirando, su madre le tomó la mano y la frotó con aceite aromático—. Sé astuta como una serpiente, Tamar. Judá demostró ser sensato al tenerte en cuenta. Eres fuerte, más fuerte que las demás. Aún no conoces la agudeza y la fortaleza que tienes. Este hebreo se ha interesado en ti. Por el bien de todos nosotros, tienes que complacerlo. Sé una buena esposa para su hijo. Construye un puente entre nuestros pueblos. Mantén la paz entre nosotros.

El peso de la responsabilidad que recibía la hizo agachar la cabeza.

—Lo intentaré.

—Harás más que intentarlo. Tendrás éxito. —Su madre se inclinó y le besó la mejilla bruscamente—. Ahora, siéntate en silencio y serénate, mientras mando a decir a tu padre que ya estás lista.

Tamar trató de pensar con calma. Judá era uno de los hijos de Jacob que habían aniquilado al pueblo de Siquem por la violación de su hermana. Tal vez, si el hijo de Hamor hubiera sabido más sobre estos hombres, habría dejado tranquila a la muchacha. Cuando se dio cuenta de su error, hizo todos los intentos

posibles por apaciguar a los hijos de Jacob. Ellos querían sangre. El príncipe y su padre aceptaron obligar a que todos los hombres de Siquem fueran mutilados mediante el rito hebreo de la circuncisión. ¡Estaban desesperados por concretar una alianza matrimonial y garantizar la paz entre las dos tribus! Hicieron todo lo que los hebreos les habían exigido y, sin embargo, tres días después de que los siquemitas fueran circuncidados, mientras todos aún tenían fiebre, Judá y sus hermanos se vengaron. No se contentaron con la sangre del culpable; mataron a espada a todos los hombres. No sobrevivió ni uno, y saquearon la ciudad.

Los hebreos hedían ante las narices cananeas. Su presencia invocaba temor y desconfianza. A pesar de que Judá había abandonado el campamento de su padre y había venido a vivir entre el pueblo de Tamar, su padre nunca había dormido tranquilo teniendo a Judá tan cerca. Ni siquiera la antigua amistad de Judá con Hira, el adulamita, tranquilizaba a su padre. Tampoco le importaba que Judá se hubiera casado con una mujer cananea, la cual le había dado tres hijos y los había criado según las costumbres cananeas. Judá era hebreo. Judá era un extranjero. Judá era una espina clavada en el lado de Zimram.

A través de los años, su padre había hecho contratos con Judá para traer rebaños a sus campos cosechados. El arreglo había resultado beneficioso para todos y había dado lugar a una alianza tentativa. A lo largo de todos esos años, Tamar había sabido que su padre buscaba una manera mejor y más duradera de mantener la paz con los hebreos. Un matrimonio celebrado entre ambas familias podría llegar a garantizárselo, si ella lograba bendecir la casa de Judá dándole hijos.

Ah, Tamar comprendía la determinación de su padre de concretar su matrimonio con Er. Incluso entendía cuánto lo necesitaba su padre. Comprendía el papel que ella tenía en todo eso. Pero comprenderlo no hacía más fáciles las cosas. Al fin y al cabo, era ella a quien estaban ofreciendo como cordero sacrificial. No podía elegir entre casarse o no hacerlo. No podía elegir con quién casarse. Su única decisión era cómo enfrentaría su destino.

Cuando su madre volvió, Tamar estaba lista. Sus sentimientos quedaron ocultos mientras se agachaba en reverencia ante ella. Cuando levantó la cabeza, su madre puso ambas manos sobre ella y murmuró una bendición. Luego, levantó el mentón de Tamar.

—La vida es difícil, Tamar. Lo sé mejor que tú. Toda muchacha sueña con el amor cuando es joven, pero esto es la vida, no sueños sin sentido. Si hubieras sido la primera, te habríamos mandado al templo de Timna en lugar de tu hermana.

—No habría sido feliz allí. —De hecho, habría preferido quitarse la vida antes que vivir la vida que llevaba su hermana.

—Entonces, esta es la única vida que te queda, Tamar. Acéptala.

Resuelta a hacerlo, Tamar se puso de pie. Trató de calmar su temblor mientras caminaba detrás de su madre saliendo del área de las mujeres. Tal vez Judá decidiría que ella era demasiado joven. Podía decir que era demasiado delgada, demasiado fea. Quizás, todavía podría salvarse de casarse con Er. Pero, a la larga, eso no cambiaría nada. La verdad era demasiado dura para enfrentarla. Tenía que casarse, porque una mujer sin marido y sin hijos era como una mujer muerta.



Judá observó detenidamente a la hija de Zimram cuando entró en la sala. Era alta, delgada y muy joven. También era serena y agraciada. Le gustaba cómo se movía mientras servía la comida con su madre. Había notado su elegancia juvenil durante su última visita después de la cosecha. Zimram había puesto a la muchacha a trabajar en el campo junto al pastizal de manera que Judá y sus hijos pudieran verla. Se había dado cuenta plenamente de las intenciones de Zimram al mostrarla de esa manera. Ahora, mirándola más de cerca, la muchacha parecía demasiado joven para ser una esposa. No podía ser mayor que Sela, y Judá lo dijo en voz alta.

Zimram rio.

—Por supuesto que es joven, pero es mejor así. Una muchacha joven es más moldeable que una mayor. ¿No te parece? Tu hijo será su *baal*. Será su maestro.

—¿Y qué hay de los hijos?

Zimram volvió a reírse; el sonido irritó a Judá.

—Te aseguro, Judá, amigo mío, que Tamar tiene la edad suficiente para tener hijos y lo ha sido desde la última cosecha, cuando Er se fijó en ella. Tenemos prueba de eso.

Los ojos de la muchacha parpadearon en dirección a su padre. Estaba ruborizada y visiblemente avergonzada. Judá se sintió peculiarmente conmovido por su pudor y la estudió sin reservas.

—Acércate, muchacha —dijo, llamándola con un gesto. Quería mirarla a los ojos. Tal vez, así sabría mejor por qué había siquiera pensado en ella cuando le había cruzado por la mente el tema del matrimonio.

—No seas tímida, Tamar. —Zimram apretó los labios—. Deja que Judá vea lo hermosa que eres. —Cuando ella levantó la cabeza, Zimram asintió—. Eso es. Sonríe y muéstrale a Judá qué dientes magníficos tienes.

A Judá no le interesaban su sonrisa ni sus dientes, aunque lucían bien. Le importaba su fertilidad. Por supuesto, no había manera de saber si podía darle hijos varones a su clan hasta que estuviera casada con su hijo. La vida no tenía garantías. Sin embargo, la muchacha provenía de buena crianza. Su madre había tenido seis hijos y cinco hijas. Además, debía ser fuerte, pues la había observado en los campos, sachando la tierra dura y cargando piedras hasta el muro. A una muchacha débil la habrían mantenido dentro de la casa, haciendo alfarería o hilando.

—Tamar. —Su padre le hizo un gesto—. Arrodíllate ante Judá. Deja que te mire más de cerca.

Ella obedeció sin dudar. Su mirada era oscura pero no dura, su piel era rubicunda e irradiaba buena salud. Una muchacha así quizás enternecería el corazón duro de su hijo y lo haría arrepentirse de sus maneras desenfrenadas. Judá se preguntaba si ella tendría el valor necesario para ganarse el respeto de Er. Su padre era un cobarde. ¿Lo era ella? Er no le había traído más que dolor desde que tuvo la edad suficiente para caminar, y lo más probable era que a esta muchacha también le causaría aflicción. Ella tendría que ser fuerte y resistente.

Judá sabía que la culpa de la rebeldía de Er era solo suya. Nunca debió haberle dado a su esposa tanta libertad para criar a sus hijos. Creyó que dejarlos completamente libres haría que crecieran felices y fuertes. Bueno, eran felices siempre y cuando se salieran con la suya, y eran lo suficientemente fuertes como para abusar de los demás si no hacían las cosas como ellos querían. Eran presuntuosos y altaneros por la falta de disciplina. ¡Habrían resultado mejores si hubiera usado la vara más seguido con ellos!

¿Ablandaría esta muchacha a Er? ¿O él la endurecería y quebraría su espíritu?

Cuando lo miró a los ojos, vio en ella inocencia e inteligencia. Sintió una desesperanza inquietante. Er era su primogénito, la primera muestra de la fuerza de sus entrañas. Había sentido mucho orgullo y alegría cuando el niño nació, mucha esperanza. *Ah, había pensado, ¡es carne de mi carne, sangre de mi sangre!* Cómo se había reído cuando el tierno retoño se paró con la cara enrojecida de furia, negándose a obedecer a su madre. Lo había divertido la rebeldía apasionada de su hijo; había estado estúpidamente orgulloso de ello. *Este niño será un hombre fuerte*, se había dicho a sí mismo. Ninguna mujer le diría a Er cómo vivir.

Judá nunca había previsto que su hijo lo desafiaría a él también.

Onán, su segundo hijo, estaba poniéndose tan difícil como Er. Había crecido amenazado por los celos iracundos de su hermano mayor y había aprendido a cuidarse a fuerza de astucia y engaños. Judá no sabía cuál de los dos era peor. Ambos eran traicioneros. No se podía confiar en ninguno.

El tercer hijo, Sela, estaba imitando los modos de sus hermanos. Cuando los confrontaban con algún error, los hijos de Judá mentían o culpaban a otros. Cuando se les presionaba lo suficiente para sacarles la verdad, apelaban a su madre, quien los defendía sin importarles cuán repudiables fueran sus delitos. Su orgullo le impedía ver los defectos de ellos. Después de todo, eran sus hijos y eran cananeos de la cabeza a los pies.

Tenía que hacer algo o Er avergonzaría a Judá ante todo el mundo. Judá estaba casi arrepentido de haber tenido hijos, ¡pues sembraban el caos en su familia y en su vida! Había momentos en que su furia era tan intensa, que solo faltaría levantar una lanza y arrojársela a alguno de ellos.

Judá solía pensar en su padre, Jacob, y en la aflicción que él había sufrido a causa de sus hijos. Judá le había causado tanto dolor a su padre como el resto. Er y Onán les recordaban a sus hermanos Simeón y Leví. Pensar en sus hermanos reavivó los recuerdos oscuros del grave pecado que él mismo había cometido; el pecado que lo perseguía, que lo había alejado del hogar de su padre porque no podía soportar ver el dolor que había causado ni podía estar en compañía de los hermanos que habían participado en lo que había hecho.

Su padre, Jacob, ni siquiera sabía toda la verdad de lo que había sucedido en Dotán.

Judá trató de consolarse a sí mismo. Había impedido que Simeón y Leví mataran a su hermano José, ¿cierto? Pero también recordó que fue él quien los indujo a vender al muchacho a los mercaderes ismaelitas que iban en camino a Egipto. Había sacado una ganancia a costa del sufrimiento del chico... ganancia

compartida con sus hermanos. Solo Dios sabía si José había sobrevivido al viaje largo y difícil hasta Egipto. Lo más probable es que hubiera muerto en el desierto. De lo contrario, ahora sería esclavo de algún egipcio.

A veces, en la hora más oscura de la noche, Judá permanecía desvelado en su esterilla, colmado por la agonía del remordimiento, pensando en José. ¿Cuántos años pasarían antes de que pudiera superar el pasado y olvidar las cosas que había hecho? ¿Cuántos años debían pasar para que, al cerrar los ojos, no viera las manos encadenadas de José, su cuello rodeado por una soga, mientras los mercaderes ismaelitas se lo llevaban a la fuerza? Los alaridos del muchacho pidiendo ayuda aún resonaban en la mente de Judá.

Le quedaba el resto de su vida para arrepentirse de sus pecados, años para vivir con ellos. A veces, Judá juraba que podía sentir la mano de Dios exprimiéndole la vida por haber conspirado en la destrucción de su propio hermano.

Zimram aclaró su garganta. Judá recordó dónde estaba y por qué había ido a la casa de este cananeo. No debía permitir que su mente se distrajera ni dejar que el pasado se entrometiera en lo que tenía que hacer con respecto al futuro. Su hijo necesitaba una esposa: una esposa joven, atractiva y fuerte que pudiera distraerlo de sus confabulaciones y estrategias malvadas. La boca de Judá se tensó mientras analizaba a la muchacha cananea arrodillada frente a él. ¿Estaba cometiendo otro error? Él mismo se había casado con una cananea y lo lamentaría toda su vida. Ahora, estaba llevando a otra a su familia. Sin embargo, le gustaba esta chica cananea. ¿Por qué?

Judá levantó el mentón de la muchacha. Sabía que ella debía estar aterrada, pero lo disimulaba bien. Esa habilidad sería muy útil para lidiar con Er. Parecía muy joven e ingenua. ¿Destruiría su hijo su inocencia y la corrompería, como tenía tantas ganas de hacer con otros?

Endureciéndose, Judá retiró la mano y se echó hacia atrás. No tenía la intención de dejar que Er cometiera los mismos errores que él. La lujuria lo había llevado a casarse con la madre del muchacho. La belleza era una trampa que atrapaba al hombre, así como la pasión descontrolada arrasaba con la razón. El carácter de la mujer era muy importante en un matrimonio. Judá debería haber seguido la costumbre y dejar que su padre eligiera una esposa para él. En cambio, fue terco y arrebatado, y ahora sufría su falta de sensatez.

No bastaba con que la mujer avivara la pasión del hombre. También tenía que ser fuerte, pero estar dispuesta a ceder. La mujer empecinada era una maldición para el hombre. Había sido risible su seguridad juvenil de que podría doblegar a su mujer a sus costumbres. Más bien, fue él quien se doblegó ante las de Bet-súa. Se había engañado a sí mismo creyendo que no había ningún problema en darle a su esposa la libertad de mantener el culto que ella deseara. ¡Ahora estaba recogiendo tempestades con sus hijas idólatras!

Tamar tenía una disposición más apacible que Bet-súa. Tenía coraje. Parecía inteligente. Sabía que era fuerte porque la había visto trabajar duramente. Su esposa, Bet-súa, se alegraría al respecto. Sin duda cargaría a la muchacha con sus quehaceres hogareños tan pronto como pudiera. La cualidad que más le importaba era su fertilidad, y solo sabría eso con el tiempo. Las cualidades que

él podía ver eran más que suficientes. Sin embargo, la muchacha tenía otra cosa que él no podía explicar: algo excepcional y maravilloso que lo hizo decidirse a tenerla en su familia. Fue como si una serena voz estuviera diciéndole que la eligiera.

—Me agrada la muchacha.

Zimram suspiró.

—¡Eres un hombre sabio! —Le hizo un gesto con la cabeza a su hija. Despedida de esta manera, Tamar se levantó. El cananeo se veía claramente ansioso por comenzar la negociación. Judá observó a la muchacha mientras salía de la sala con su madre. Zimram dio unas palmadas; dos sirvientas entraron apresuradamente, una con una fuente con granadas y uvas, otra con cordero asado—. Come, hermano mío, después hablaremos.

Judá no se dejaría manipular tan fácilmente. Antes de tocar la comida, hizo una oferta por la muchacha. Con los ojos encendidos, Zimram se lanzó de lleno y empezó a regatear el valor de la muchacha.

Judá decidió ser generoso. El matrimonio, pese a no haberle causado felicidad, le había traído alguna estabilidad y rumbo. A lo mejor, Er podría desviarse de la misma manera de su vida desenfadada. Además, Judá quería pasar el menor tiempo posible con Zimram. Los modales insinuantes del hombre lo fastidiaban.

Tamar. Su nombre significaba «palma datilera». Era un nombre dado a alguien que sería hermosa y agraciada. La datilera sobrevive en el desierto y produce un fruto dulce y nutritivo, y la muchacha provenía de una familia fértil. La datilera se mece con los vientos del desierto sin romperse y sin ser arrancada de raíz, y esta muchacha tendría que enfrentarse al temperamento variable e irascible de Er. La datilera podía sobrevivir en un entorno hostil, y Judá sabía que Bet-súa vería a esta joven como su rival. Judá sabía que su esposa se enfrentaría a la joven novia porque Bet-súa era vanidosa y tendría celos de los afectos de su hijo.

Tamar.

Judá esperaba que la muchacha tuviera la capacidad de albergar toda la promesa que su nombre implicaba.



Tamar esperó mientras se decidía su destino. Cuando su madre se paró en la puerta, supo que el asunto de su futuro estaba decidido.

—Ven, Tamar. Judá tiene obsequios para ti.

Se levantó, paralizada por dentro. Era un momento para regocijarse, no para llorar. Su padre ya podía dejar de tener miedo.

—Ah, hija. —Su padre sonreía de oreja a oreja. Obviamente había conseguido un alto precio por ella, pues nunca antes la había abrazado con tanto cariño. ¡Hasta le dio un beso en la mejilla! Ella levantó el mentón y lo miró a los ojos, deseando que supiera qué le había hecho al entregarla a un hombre como Er. Quizás él sentiría algo de vergüenza por usarla para protegerse a sí mismo.

No fue así.

—Saluda a tu suegro.

Resignada a su destino, Tamar se postró delante de Judá. El hebreo posó una de sus manos sobre su cabeza, la bendijo y le ordenó que se levantara. Cuando lo hizo, él sacó aretes y brazaletes de oro de un bolso que llevaba a la cintura y se los colocó. Los ojos de su padre brillaban, pero a ella se le cayó el alma a los pies.

—Prepárate para partir en la mañana —le dijo Judá.

Estupefacta, habló sin pensar:

—¿En la mañana? —Miró a su padre—. ¿Y qué del compromiso matrimonial...?

La expresión de su padre le advirtió que se callara.

—Judá y yo lo celebramos esta noche, hija mía. Acsa empacará tus cosas y te acompañará mañana. Todo está arreglado. Tu esposo te espera con ansias.

¿Tanto miedo tenía su padre que no había solicitado el período de compromiso de diez meses que se acostumbraba para prepararla para la boda? ¿Ella ni siquiera tendría una semana para adaptarse a su inminente casamiento!

—Puedes irte, Tamar. Prepárate para partir en la mañana.

Cuando entró en el área de las mujeres, vio que su madre y sus hermanas ya estaban empacando por ella. Incapaz de seguir conteniendo sus sentimientos, Tamar rompió en llanto. Sin consuelo, lloró toda la noche, aun después de que sus hermanas se quejaron y le rogaran que dejara de hacerlo.

—Ya les llegará el día —les dijo furiosa—. ¡Algún día, entenderán!

Acsa la abrazó y la acunó, y fue la última noche que Tamar se aferró a su niñez.

Cuando salió el sol, se lavó el rostro y se vistió con sus velos nupciales.

Su madre se le acercó.

—Conténtate, querida. Judá pagó mucho por ti. —Su voz estaba ahogada por las lágrimas y sonaba ligeramente amargada—. Ese hebreo vino con un asno cargado de obsequios. Se vuelve a casa con solo su sello y su bastón.

—Y conmigo —dijo Tamar en voz baja.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas.

—Cuidala muy bien, Acsa.

—Lo haré, mi señora.

Su madre la abrazó y la besó.

—Que tu esposo te ame y te dé muchos hijos —susurró contra su cabello. Tamar se aferró a ella con fuerza, apretándose contra su cuerpo, impregnándose del calor y de la suavidad de su madre por última vez—. Es hora —le dijo su madre en voz baja y Tamar retrocedió. Su madre le tocó la mejilla antes de apartarse de ella.

Tamar salió al sol de la mañana. Acsa caminó junto a ella mientras se acercaba a su padre y a Judá, quienes estaban a cierta distancia. La noche anterior había llorado hasta que se le acabaron las lágrimas. No derramaría más lágrimas infantiles, aunque le costaba no hacerlo con Acsa llorando suavemente detrás de ella.

—Tal vez todo lo que hemos escuchado no sea verdad —dijo Acsa—. Quizás Er no sea tan malo como dicen algunos.

—¿Qué importa eso ahora?

—Debes tratar de lograr que te quiera, Tamar. Un hombre enamorado es como arcilla en manos de una mujer. ¡Que los dioses se apiaden de nosotras!

—¡Apiádate de mí y mantente callada!

Cuando llegó donde estaban los hombres, su padre la besó.

—Sé fructífera y multiplica la familia de Judá. —Estaba impaciente por que se fueran.

Judá caminaba adelante, y Tamar y Acsa lo seguían. Era un hombre alto y de pasos largos, y Tamar tenía que caminar rápido para seguirle el paso. Acsa iba quejándose en voz baja, pero Tamar no le prestaba atención. Más bien se concentró en lo que tenía por delante. Trabajaría mucho. Sería una buena esposa. Haría todo lo posible por honrar a su esposo. Sabía cultivar un huerto, cuidar un rebaño, cocinar, tejer y hacer piezas de alfarería. Sabía leer y escribir lo suficiente para poder llevar listas y registros de los bienes de una casa. Sabía conservar los alimentos y el agua en las malas épocas, y cómo ser generosa cuando llegaban las buenas épocas. Sabía hacer jabón, canastas, tela y herramientas, así como organizar a los sirvientes. Pero los hijos serían la mayor bendición que podría darle a su esposo, hijos para acrecentar el hogar.

Fue el segundo hijo de Judá, Onán, quien salió a saludarlos.

—Er se ha marchado —le dijo a su padre mientras miraba fijamente a la muchacha.

Judá golpeó la punta de su bastón contra el suelo.

—¿Adónde se ha marchado?

Onán se encogió de hombros.

—Se fue con sus amigos. Se enojó cuando supo que te habías ido. Yo me aparté de su camino. Sabes cómo se pone.

—*Bet-súa!* —Judá caminó a trancos hacia su casa de piedra.

Una mujer exuberante, con los ojos fuertemente maquillados, apareció en la puerta.

—¿Por qué estás gritando ahora?

—¿Le dijiste a Er que hoy traería a su esposa a la casa?

—Se lo dije. —Se apoyó indolentemente en la entrada.

—Entonces, ¿dónde está?

Ella alzó el mentón.

—Soy su madre, Judá, no su cuidadora. Er aparecerá cuando esté listo y no antes. Ya sabes cómo es.

El rostro de Judá se ensombreció.

—Sí, sé cómo es. —Apretó tan fuerte su bastón que los nudillos se le pusieron blancos—. ¡Por esa razón necesita una esposa!

—Eso puede ser, Judá, pero dijiste que la muchacha era bonita. —Le dio una mirada superficial a Tamar—. ¿De verdad crees que esta chica delgadita captará la atención de Er?

—Tamar es más de lo que parece. Muéstrale la recámara de Er. —Judá se apartó, dejando a Tamar y Acsa paradas frente a la casa.

Con los dientes apretados, Bet-súa inspeccionó a Tamar de la cabeza a los pies. Sacudió la cabeza disgustada.

—Me pregunto en qué estaba pensando Judá cuando te escogió. —Se dio vuelta, entró en la casa, y dejó a Tamar y a Acsa para que se las arreglaran solas.



Er regresó casi de noche, acompañado por varios amigos cananeos. Estaban borrachos y se reían fuertemente. Tamar permaneció fuera de su vista, sabiendo cómo eran los hombres en ese estado. Su padre y sus hermanos solían beber sin límites y, por ese motivo, discutían violentamente. Ella sabía que era prudente evitarlos hasta que desaparecieran los efectos del vino.

Sabiendo que la llamarían, Tamar pidió que Acsa la ataviara con sus galas nupciales. Mientras esperaba, Tamar se decidió a dejar de lado todas las cosas terribles que había escuchado sobre Er. Quizás los que hablaban en contra de él tuvieran intenciones ocultas. Ella le daría el respecto que merecía un esposo y se adaptaría a sus exigencias. Si el Dios de su padre la favorecía, le daría hijos a Er, y lo antes posible. Si recibía semejante bendición, los criaría para que fueran fuertes y honrados. Les enseñaría a ser confiables y fieles. Y si Er lo deseaba, ella aprendería sobre el Dios de Judá y les inculcaría a sus hijos que lo adoraran, en vez de postrarse ante los dioses de su padre. Sin embargo, su corazón se estremecía y sus miedos crecían con cada hora que pasaba.

Cuando Tamar fue finalmente convocada y vio a su esposo, sintió un chispazo de admiración. Er era tan alto como su padre y prometía una gran fuerza física. Tenía la cabellera abundante, oscura y rizada de su madre, y la llevaba hacia atrás como acostumbraban los cananeos. La banda de metal que usaba encima de la frente lo hacía parecer un joven príncipe cananeo. Tamar estaba asombrada por el aspecto espléndido de su esposo, pero rápidamente se llenó de dudas cuando lo miró a los ojos. Eran fríos, oscuros y faltos de clemencia. Su cabeza erguida denotaba orgullo, tenía la boca torcida con una mueca cruel y sus modales eran indiferentes. No se estiró para tomarla de la mano.

—Así que esta es la esposa que elegiste para mí, padre.

Tamar sintió escalofríos al escuchar su tono.

Judá apoyó una mano con firmeza sobre el hombro de su hijo.

—Cuida bien de lo que te pertenece, y que el Dios de Abraham te dé muchos hijos por medio de esta muchacha.

Er estaba de pie, imperturbable, y su rostro era una máscara inescrutable.

Durante toda la noche, los amigos de Er se burlaron vulgarmente del matrimonio. Molestaban sin piedad a Er y, aunque él se reía, Tamar sabía que no estaba divirtiéndose. Su suegro, perdido en sus propios pensamientos, bebía libremente, y Bet-súa estaba recostada a poca distancia, comiendo los mejores manjares del banquete de bodas, ignorándola. Tamar se sentía dolida, confundida y humillada por semejante grosería. ¿Qué había hecho para ofender a su suegra? Era como si la mujer estuviera decidida a no mostrarle la mínima consideración.

A medida que pasaba la noche, su miedo dio paso a la depresión. Se sentía abandonada y perdida en medio de la reunión. Se había casado con el heredero de la casa de Judá, pero nadie le hablaba, ni siquiera el joven esposo que estaba sentado junto a ella. Las horas pasaban lentamente. Estaba agotada por no haber dormido la noche anterior y por la larga caminata a su nueva casa. Las tensiones del banquete de bodas la estaban dejando aún más exhausta. Se esforzaba por mantener los ojos abiertos. Se esforzaba más aún por evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas y por no dejarlas salir.

Er la pellizcó. Tamar dio un grito ahogado y se apartó bruscamente de él. Sintió las mejillas acaloradas cuando se dio cuenta de que, sin querer, se había quedado dormida en su costado. Sus amigos se reían y hacían chistes sobre lo joven que era ella y sobre la inminente noche de bodas. Er se rio con ellos.

—Tu nodriza ha preparado la recámara para nosotros. —Le agarró la mano y la jaló para que se pusiera de pie.

Ni bien Acsa cerró la puerta del cuarto detrás de ellos, Er se apartó de Tamar. Acsa tomó asiento del lado de afuera y comenzó a cantar y a golpear su tamborcito. Tamar sintió un cosquilleo en la piel.

—Lamento haberme quedado dormida, mi señor.

Er no dijo nada. Ella esperó, con sus nervios estirados al máximo. Él disfrutaba de su tensión; exacerbaba sus nervios con su silencio. Cruzando las manos, Tamar decidió esperar que él diera el primer paso. Er se quitó el cinturón con un aire burlón.

—El año pasado, cuando llevamos las ovejas a los campos de tu padre, me fijé en ti. Supongo que por eso mi padre pensó que podías servir como mi esposa. —La recorrió con la mirada—. Él no me conoce muy bien.

No le echó la culpa a Er por sus palabras hirientes. Sentía que él estaba justificado. Después de todo, su corazón no había saltado de alegría cuando Judá llegó y ofreció un precio alto por ella.

—Me tienes miedo, ¿verdad?

Si decía que no, sería una mentira. Decir que sí sería imprudente.

Er levantó las cejas.

—Deberías tener miedo. Estoy furioso, ¿o no te das cuenta?

Claramente, se daba cuenta y no podía imaginar qué haría Er al respecto. Tamar se quedó callada, sumisa. Había visto los arranques de ira de su padre lo suficiente para saber que era mejor no decir nada. Las palabras serían como aceite al fuego del mal genio. Mucho tiempo atrás, su madre le había dicho que los hombres eran impredecibles y dados a episodios violentos cuando se les provocaba. Ella no quería provocar a Er.

—Qué cosita precavida eres, ¿cierto? —Él sonrió lentamente—. Por lo menos, sabes mantenerte alerta. —Se acercó a ella—. Apuesto que has escuchado cosas sobre mí. —Acarició su mejilla con sus dedos. Ella intentó no retraerse—. ¿Tus hermanos han llevado rumores a casa?

Su corazón latía cada vez más fuerte.

—Como dijo mi padre: ahora eres mía. Mi propia ratoncita para hacerte lo que yo desee. Recuérdame que se lo agradezca. —Levantó el mentón de Tamar.

La mirada de Er era reluciente y fría como la de un chacal bajo la luz de la luna. Cuando se inclinó hacia adelante y la besó en la boca, a Tamar se le erizó el cabello de la nuca. Él retrocedió, evaluándola—. Cree esos rumores, ¡cada uno de ellos!

—Trataré de complacerte, esposo mío. —Sus mejillas se acalaron cuando escuchó el temblor de su voz.

—Ah, no dudo de que lo intentarás, dulce mía, pero no lo lograrás. —Arqueó la boca y dejó al descubierto el filo de sus dientes—. No puedes.

Tamar necesitó solo un día de los siete días que duraba el festejo de la boda para entender lo que le había querido decir.